

Notas de andar y ver

Jesús Silva Herzog-Márquez

Josep Pla: catador de adjetivos. Es una arbitrariedad pero los números redondos producen en nosotros una curiosa atracción. Cumplir setenta y cuatro años puede pasar de noche pero no alcanzar un múltiplo de diez. Caprichosos, los festejos por un centenario pueden alentar la revaloración de un personaje o un acontecimiento. O su descubrimiento. El centenario de Josep Pla me ha revelado a este maestro de las letras catalanas. Su obra completa abarca 46 volúmenes, alrededor de 30,000 páginas. Mucho se ha escrito en la prensa española sobre el estilo de este prolífico escritor casi inaccesible en México. Con mucha suerte puede encontrarse un ejemplar de *El cuaderno gris* publicado en Ediciones Destinos, una casa que prácticamente no llega a nuestro país. *El cuaderno gris* es muestra de una prosa casi perfecta. La primera entrada del diario está fechada el 8 de marzo de 1918, el día en que el escritor cumplió veintiún años. Se trata, sin embargo, de una obra de madurez. El prosista fue retocando durante años ese diario juvenil hasta que lo publicó cuando tenía casi setenta años. En este libro monumental se encuentra una escritura suave, delicada, precisa. La prosa de Pla es frondosa pero en ningún momento desbordada. Cada letra está en su sitio, no hay una sola frase con ampollas o mordiscos. Cada oración ocupa el territorio que le corresponde. Más que narrador, el Pla del Cuaderno es un escritor que se concentra en la representación de su mundo: "Si yo pudiese imaginar, crear otro mundo, imaginaría este mismo mundo", escribe en la anotación del 3 de febrero de 1918. Esa es su misión literaria en esta libreta personal: capturar los calores y las humedades, evocar las formas y las tinturas que llenaron sus ojos, revivir los sabores que se deshicieron con su saliva, colorear los rostros de los hombres con los que jugó dominó. La riqueza de su prosa está en la población de sus minucias. De las cosas que leo, escribí, lo que me interesa son los detalles. La hoja de un árbol vista desde un tren, por ejemplo. Pla habla

del sabor del arroz, de la consistencia de las nubes, de la coloratura del trigo, del humo perezoso de las chimeneas. El placer del nombrar, la gozosa caza del adjetivo. "Describir el paisaje, el enigma del mar, espiar la insensatez de la vida, encontrar un adjetivo al vuelo de un pájaro, a las curvas de una joven, describir la petulancia de una flor." Pla resalta como un colorista que no hace concesiones al sentimentalismo al que califica como "pornográfico y antihigiénico". Le horrorizan los paisajes sin árboles, los vinos espumosos, los poetas cursis, la política, el patriotismo, los curas, las señoritas inexpertas. La naturaleza aparece en *El cuaderno* como un espectáculo prodigioso. El mar lo asombra en cada encuentro. "En este mar lejano había un galope de olas que se perseguían tumultuosas; las espumosas mordisqueaban el horizonte; a menudo una ola emergía un momento sobre las otras, como el dorso de un cetáceo. A poniente humeaban ascuas. Impresión de soledad acentuada por el silencio del mar, por el desplazamiento del ruido al horizonte lejano. Al oscurecer, este silencio de agua al filo de la playa os cautiva como si os encontraséis en un ambiente de misterio."

Josep Pla devoró la obra de Pío Baroja. Sin embargo, el gran retratista español tenía, a su juicio, un terrible defecto: fue un escritor de adjetivo fácil. "A veces juzga,

adjetiva ligeramente —los lanza como los burros los pedos." Pla no padece de la misma flatulencia adjetival. Aplica cada calificativo con el cuidado de un boticario. Aquí un párrafo que revela la búsqueda del adjetivo exacto. "Sobre la bahía de Palamós, el mar tiene un azul que parece artificial, un azul goloso, con aguas más pálidas...—no encuentro el adjetivo. Es un azul de contraluz, de anunciación, un azul...—imposible encontrar el adjetivo. Es un azul desazonante, fisiológico, extramarino, un azul que sólo se puede ver a través de las aguas de un verde...—fracaso total." ¿Fracaso? No lo creo.

Actualidad del liberalismo...y del conservadurismo. "Con una cierta mirada" es el rótulo de la colección de Editorial Océano dedicada al ensayo de actualidad mexicana. El singular es cuestionable. Se trata más bien, de múltiples miradas. En la dispareja colección de esta joven editora hay periodismo, economía, derecho constitucional, historia, imaginación literaria, crónica y testimonio.

Liberalismo democrático, el libro de José Fernández Santillán que acaba de salir a la luz, representa el abrazo de dos perspectivas: la filosofía política y la historia. Fernández Santillán, a quien conocemos por su dedicada exploración del pensamiento político clásico y por sus traducciones del gran maestro de Turín, ofrece en este libro una versión de historia mexicana desde la perspectiva ordenadora del teórico.

El libro de José Fernández Santillán tiene la virtud de recuperar la actualidad del proyecto liberal. El liberalismo no es, en modo alguno, una doctrina avejentada. Muy por el contrario se trata, a mi entender, del programa de transformación más vivo de los que se nos ofrecen. La recuperación del liberalismo es especialmente pertinente porque el pantano político en el que vive México es doble: institucional e ideológico. El segundo vacío,

el ideológico, es tan grave, tan profundo como el institucional pero carece de esfuerzos serios de explicitación.

Muchos hablan de leyes electorales, de la relación entre poderes, de sofisticados dispositivos constitucionales. Pocos mencionan, en cambio, el vaciamiento del imaginario colectivo. Quizá esta oquedad es más honda porque en ese pozo cae todo el mundo, no solamente México. Vivimos un tiempo en el que se han disuelto las grandes referencias ideológicas, las nítidas coordenadas programáticas. Regresando a nuestro país, es muy claro que el código del nacionalismo revolucionario se ha descompuesto (por fortuna, agregaría) y ha sido sustituido por la nada. Comparto el mensaje de José Fernández Santillán: no es realista ignorar las ideas. Es pertinente regresar a ellas no solamente como una disciplina académica que ordena las elucubraciones de filósofos muertos sino como una clave para compactar los granos de la historia y para dar proyección a nuestro presente. Aunque la expresión no aparece en el texto de Fernández Santillán, es claro que ha sido intención de su autor contribuir a la discusión ideológica dentro de las coordenadas de la izquierda. La identidad de la izquierda (o para el caso, de la derecha) es un proceso siempre inconcluso. Lo que hoy es de izquierda mañana está del otro lado. A mi juicio, la izquierda es, ante todo, emoción. Más que un diagnóstico fijo, un plan congelado, la izquierda es actitud: un temperamento crítico, un espíritu no conformista, un rechazo del mundo existente. Si buscamos la concreción ideológica de ese temperamento de izquierda hoy, aquí, la encontraremos bajo las coordenadas de su enemigo de ayer: el liberalismo. El liberalismo es el proceso inconcluso que hoy toca retomar. El liberalismo mexicano se extravió a mediados del siglo xix. Obligado por las circunstancias, se dedicó a construir el poder del Estado y se distrajo en la edificación de sus controles. El liberalismo que puede defenderse desde la izquierda no es devoto del mercado. El Estado de derecho, señala Luigi Ferrajoli, el jurista italiano que abreva en las mismas fuentes que Fernández Santillán,

significa resistencia frente al poder y frente al mercado. Si el liberalismo aporta algo como referente hacia el futuro es la conciencia del límite. Y ese límite incluye necesariamente a los poderes económicos. Fernández Santillán emplea en repetidas ocasiones la expresión "neoliberalismo" como denuncia. El término me parece desafortunado. La palabra funciona bien en las pancartas pero, cuando se transporta a la teoría, se desinfla. La precisión connotativa del término es semejante a la que tiene el concepto "guácala"; la claridad de su sentido es la misma que tiene la del tipo ideal de "fuchi".

A la escuela de Turín, en particular a Norberto Bobbio, debemos coordinadas utilísimas para la ubicación de los fenómenos políticos y jurídicos, categorías que nos permiten poner cada cosa en su sitio: estado de naturaleza, poder, legitimidad, Estado. El proceder conceptual de los turinenses ha avanzado por el esclarecimiento de las grandes dicotomías de la historia: paz-guerra, democracia-autocracia, estado de naturaleza-estado civil. En esta recopilación de ensayos breves, José Fernández Santillán recurre igualmente a las dicotomías. Pero ese ejercicio que resulta provechoso en la didáctica del pensamiento político empobrece el entendimiento de los procesos históricos. Las distinciones que hace Fernández Santillán son demasiado gruesas, maniqueas. La caricatura que presenta del conservadurismo mexicano reitera el lugar común de la historia oficial. Escribe el autor: "Las vertientes reaccionarias (...) nunca han podido fincarse en argumentos convincentes; más bien, se han apoyado en el poder fáctico para defender sus canonjías o en el uso de trucos propagandísticos." No estoy de acuerdo. No podemos seguir negando la legitimidad del pensamiento conservador mexicano. Tiene toda la razón Octavio Paz cuando dice que Lucas Alamán es tan central para México como Benito Juárez.

Más aún: un proyecto sensato de izquierda debe aprender del conservadurismo. Lo sugiere así el libro de cabecera de Tony Blair. Hablo del texto de Anthony Giddens titulado Más allá de la izquierda y la derecha.

Giddens sugiere al "centro radical" una relectura de los clásicos del conservadurismo. En ellos hay buenas lecciones para una nueva política. "Todos debemos ser conservadores hoy, pero no de manera conservadora," dice provocadoramente el prolífico profesor de materialismo histórico que desde hace unos meses ocupa la dirección de la London School of Economics. Lo que Giddens defiende del conservadurismo filosófico

constituye el suelo de un proyecto de cambio para nuestro tiempo: escepticismo frente a las utopías, respeto de las lealtades tradicionales, repugnancia a los fundamentalismos. Mi credo, decía por su parte Leszek Kolakowski, es socialista, liberal y conservador. Conservador porque no creo en el final feliz de la historia humana, porque supongo que las raíces de la vida humana, la familia, los rituales, la nación son indispensables para hacer tolerable la convivencia y porque estoy convencido de que la ilusión de acceder a un mundo de hermandad y amor suprimiendo de tajo las instituciones existentes no es solamente ingenuo sino terriblemente peligroso. Lo enseña bien Norberto Bobbio: el pensamiento se alimenta provechosamente de la razón de los adversarios.